REPERTORIO AMERICANO

PUBLICADO QUINCENALMENTE POR GARCÍA MONGE Y CÍA., EDITORES

Vol. II	San José de Costa Rica, Lunes 1º de Noviembre de 1920	Nº 6

En el homenaje de la Junta de Educación de Guadalupe a don Pilar Jiménez

ELOGIO DE UN MÚSICO

CUENTAN de Miguel Angel Buonarotti que en el ocaso de su vida majestuosa contempló un retrato suyo y tuvo esta exclamación reveladora: Ancora imparo.

El, que había sido con profunda inspiración y saber, poeta, pintor, escultor, arquitecto, sentía, siendo cumbre, que a su espíritu no había llegado la perfección suprema. En torno a su cincel había aleteado la más pura gloria, su brocha había estampado figuras soberbias sobre el cielo de la Sixtina, su inspiración había compuesto sonetos dulces y vigorosos, y, sin embargo, había en su espíritu anhelo de aprender.

La misma exclamación de Miguel Angel la hemos oído vibrando en torno a los labios arrugados de este viejo músico a quien hoy nos hemos congregado a festejar. El ha llegado al ocaso de su vida llena el alma de una inquietud por ahondar en el mundo mágico de la música. Lo que lo tormentoso de la vida no le dió tiempo de aprender lo vislumbra ahora en la quietud de su vejez apacible y buena. Cuando en las noches lo hemos visto rememorando sobre el teclado del piano clásicos minuetos y romanzas, hemos pensado con cierta melancolía en él. ¿Por qué la vida no le dejó libres las alas para ir en busca de los buriles taladradores de los secretos de la armonía? El nació artista y necesitaba crear su música, majestuosa y serena, como ha sido su alma en el batallar cotidiano.



DON PILAR JIMÉNEZ

Mas la lamentación sólo podría asomar a sus labios, y no a los de los demás, a los que lo han visto ponerse al servicio de toda aspiración cierta nacida en espíritu distinguido. Porque esto ha sido don Pilar, un perenne buscador de almas ansiosas de cultivar la porción armoniosa que poseen. El que no tuvo quien lo buscara consagró su capacidad artística a perseguir espíritus para iniciarlos en la música. He dicho perseguir sintiendo que así expreso con exactitud esa virtud que nuestro músico ha llevado siempre en alto como bolsa cazadora de mariposas brillantes. Allí donde ha oído sonar la armonía de una nota ha penetrado alegremente a llenar un pentagrama y a llevar un instrumento. Cuántos no sabían que dentro de sí poseían secretos armoniosos, y él se los descubrió, y puso en ellos entusiasmos, y fuéselos moldeando con la batuta mágica de su saber y de su amor.

¡Qué sorprendente ha sido el entusiasmo de don Pilar en busca del discípulo! Maravilla oir contar de su incesante traginar por la carretera polvosa o barriallosa, de día y de noche, llevando en un brazo el montón de instrumentos, en otro los métodos, en una bolsa el diapasón, en otra el atril, colgando de la cintura la llave de afinar pianos, en la frente una lira de luz de estrellas.

Y esas peregrinaciones las hacía diariamente hasta la ciudad o hasta el pueblo vecino, en donde había encontrado un discípulo para el piano, para

el violín, para la viola, para el violoncelo, para el pistón, que no hay instrumento que guarde secretos para este músico que festejamos ahora en nuestros interiores.

Esta es fiesta del cariño y por eso nuestros corazones son liras órficas suspendidas en medio de una corriente de admiración que las hace tañer himnos puros y vibrantes. ¿Qué majestuoso desfile de visiones aladas pasará en estos instantes por los reinos musicales de don Pilar? Ahí lo vemos sentado, con su largo pelo blanco. ¿Rememorará las escenas de los días que ahora le hemos traído a su reflexión? ¿Dialogará con Beethoven, con Wagner o con Lizt? Ya él puede hacerlo, porque tiene conquistado el sésamo que abre las puertas de los alcázares donde dan su inspiración estos dioses de la armonía.

Pensemos con cariño en su vida; acerquémonos a su cabeza, tendamos al aire sus largos cabellos blancos y escuchemos la música sutil y melancólica que nos envuelve blandamente el corazón, porque todo él es lira vibrante que suena al soplo del cariño y de la admiración.

OCTAVIO JIMÉNEZ

UN NUEVO MOVIMIENTO EDUCACIONAL

I

EL NUEVO MOVIMIENTO

SON varios ya los autores de libros o artículos de educación que convienen en señalar como la más importante contribución al progreso pedagógico, en los últimos diez años, los medios creados *para medir los resultados de la obra escolar*. Se puede decir que, al menos en los Estados Unidos, y en materias de investigación educacional, dan la nota del día los trabajos con que asiduamente se concurre al estudio, ensayo y perfeccionamiento de aquellos medios. El progreso conquistado es tanto, que a pesar de las vacilaciones del nuevo movimiento, se siente la presencia fecunda de una naciente disciplina educacional.

En cuanto al fin primordial de las investigaciones, la novedad no existe; trátase de resolver un permanente problema de la escuela, de diversos modos planteado, constantemente discutido, y que nunca con mayor urgencia que ahora requiere eficaces soluciones. Es el mismo vasto y complejo problema a que las calificaciones pretenden dar solución. Sobre el fracaso constante de los sistemas de calificación y de examen, ya viene a parecer pueril y rutinario tratar. Discutidos ampliamente por psicólogos, pedagogos, higienistas, maestros, padres de familia, estudiantes; condenados por los unos, odiados de los últimos, no hay ya quien confíe en ellos. Científicamente los refuta un Binet, filosóficamente los combate un Dewey o un Vaz Ferreira, un Prezzolini clama contra ellos, con su fuerte ironía; en suma, nadie cree en ellos. Se mantienen en los colegios y escuelas por obra de rutina, o del convencionalismo—que es rutina—en que se apoya lo que está en espera de algo mejor con lo cual ser reemplazado.

A reemplazarlos vienen los procedimientos de medición de resultados: escalas y *tests*. Y vienen solicitados por las demandas imperiosas de una nueva educación, más apta cada día para justificar su sustantividad en el conjunto de las ciencias. Vienen atraídos por él espíritu de la nueva escuela, donde tiene que ser absoluto el fracaso de todo lo que representa al espíritu de la antigua, sobre todo si en ella misma ya comporta un estado de retroceso.

La novedad del movimiento, si la hay, o mejor su trascendencia, viene a residir en la aspiración a fundamentar científicamente el propósito, los medios, la aplicación y el análisis de los sistemas de medición de resultados educacionales.

ANTECEDENTES.—Varias interesantes investigaciones, algunas muy extensas, se han llevado a cabo con el objeto de juzgar de la eficacia de los sistemas de calificación. Citamos, para dar ejemplo, la muy conocida y comentada de Starch y Elliot. Su propósito fué el de juzgar de la precisión con que los profesores califican en geometría. Envióse a cada una de las escuelas comprendidas en la *Central Association of Colleges and Secondary Schools* una reproducción de un examen de geometría presentado por un alumno. El resultado de las 116 respuestas recibidas demuestra que, calificado el examen con la escala usual, de uno por ciento, *dos* profesores lo situaron por sobre 90; *uno*, bajo 30; veinte, en o sobre 80; veinte, bajo 70, etc.; y algunos consideraron que no merecía calificación. Una investigación hecha en historia, dió un resultado semejante. Se ha juzgado también de la aptitud de otros sistemas de calificación; se han tenido en cuenta, al hacerlo, los factores de error más ostensibles; y el resultado, en 1911 como en 1917, ha afirmado categóricamente la falsedad de las calificaciones y la necesidad de buscarles un fundamento científico. Las conclusiones de la amplia investigación se resumen en una, a saber: los errores, frecuentemente funestos, a que conducen los sistemas, débense a su excesiva subjetividad. Hay que reemplazarlos, pues, por escalas *objetivas*, *universales*, que expresen idénticos valores o significados, ante todas las personas, en todos los lugares, en todos los momentos. Se aspira a establecer criterios, normas, módulos o *standards* tan precisos como las medidas de magnitudes. Mientras eso no se consiga, dice el Profesor, Strayer, todo juicio sobre los resultados de la educación, por autorizado que sea, no pasará de ser un juicio personal; sin valor para la construcción de una ciencia. Y Thorndike sugiere que en la actualidad, con sus sistemas de medición, ocupa la educación el mismo lugar que la física cuando ésta, ignorante del termómetro, calificaba las temperaturas con la superficial e inestable vaguedad que calificamos a los alumnos: bueno, regular, malo!

OMAR DENGO

Heredia, ESCUELA NORMAL, Setiembre de 1920.

ILUMINACION

Mi alma reposaba blandamente en el regazo de lo que no existe, cuando descendió sobre ella una claridad que era el reflejo de la eterna y pura luz del mundo. Entonces ella se sintió despertar hacia los misterios de una vida que hasta ese momento ignoraba, con la misma ingenua y divina sorpresa con que el día alumbra desde el alto monte los contornos indecisos del paisaje con su lámpara de color violeta.

LAS PALABRAS DE AMOR

¿Mercaderes de palabras de amor, me suponéis por ventura embriagado con el vino de vuestras fiestas para que os entregue servilmente mi lira? ¿Cómo, la lira que recoge los eternos cantos de un mundo lírico perfecto, habría de perder su virtud pulsada por vuestras manos vacilantes en las noches ruidosas que se incendian con los deseos febriles de vuestro corazón?

EL MIRLO

¡Callad, dice el inmenso bosque, callad, porque va a cantar un mirlo!

El mar lejano se pone a soñar; el cielo se hace como más profundo y aun el día—hecho para tormento y locura—se queda extático.

Solamente tú, ¡oh hombre! turbas la hora magnífica con tus eternas y melancólicas quejas!

LA PRADERA

La pradera florece como en un delirio primaveral. ¿Cómo habría de dejar de florecer la pradera humilde, si sobre ella, sobre su virgínea ansiedad de belleza, se derrama el oro de un sol joven; si sobre ella, sobre su dulce serenidad, sueñan vagarosamente los perfumes de una mañana suntuosa; si sobre el temblor de sus rosas y de su yerba, danzan infantilmente los cantos de los gloriosos días?

La pradera florece dichosa como la princesa que se atavía con ajorcas de nieve y collares de rosa, piedras de sangre y esmeraldas, en espera del amado que viene sobre el carro de fuego de la victoria.

EL SEPULCRO

Dentro del sepulcro cayó un lampo de aurora y se quedó dormido como un muchacho a quien hubiesen fatigado sus juegos o como un viajero a quien cansara su andar anhelante.

¿Qué importa que el sepulcro haya seguido creyendo que en su seno lóbrego reposaba uno que ya había renunciado a su vida? Pronto el lampo de aurora agitará sus alas sedientо de infinito azul.

¡Cuántos nobles pensamientos de heroico despertar reposaron alguna vez sobre vuestro corazón que sólo estaba deseoso de morir!

EL RIO

El río era como el Rabí de las dulces parábolas. Sus aguas eran rubias como los ojos del profeta y sus voces, rumorosas y vehementes, se elevaban desde la hondonada como una banda de pájaros de luz.

Y la muchedumbre que escuchaba el cantar robusto del río no podía comprender. Era un lenguaje extraño el del río para el espíritu adormecido de la multitud.

Sinembargo, sus voces eran a veces como una leyenda, a veces como un salmo, a veces como una parábola de seda.

MOISÉS

Del bloque de mármol el artista hizo la estatua del profeta.

No digáis que de aquella piedra pudo hacerse otra obra cualquiera y aun una cosa vil. Ni el mármol habría sido infiel a su destino, ni el artista vino a realizar obras viles, ni el arte es una mentira.

DESTINOS

¡Tú que duermes, he aquí que las grandes horas han pasado cerca de ti y tú lo ignoraste siempre!

A quienes estuvieron vigilantes se les dió el arpa de la eterna armonía, la espada de las radiantes victorias, el cetro de todos los reales poderes de la vida, y siempre un soberano oficio digno de los que están despiertos.

Las grandes horas no se detienen ni se retornan jamás.

PRODIGALIDAD

A medida que tú entras en los secretos de mi propio mundo, mi alma se dilata infinitamente.

Antes de que tú vinieras, yo era como un palacio sellado con siete puertas de bronce: sus cámaras repletas de ignorados tesoros.

Y ahora, tú que eres mi dueño, das a los que me aman y a los que me odian todo cuanto había en mí para hacerlos dichosos.

ALEGRIA

La blancura del alba es mi armiño y el oro del sol mi corona, y el rumor de las cosas, todas dignas de ser amadas, la música deliciosa de mis brillantes fiestas.

Rómulo Tovar

COLABORADORES

En el número pasado del Repertorio colaboraron don Omar Dengo, don Hernán Zamora Elizondo, don Manuel Sáenz Cordero. Ni citamos a a don Rubén Coto y a don Rómulo Tovar, porque ellos son ya colaboradores habituales. También lo va a ser el señor Dengo. Hoy nos ayuda don Asdrúbal Villalobos, a nuestro juicio uno de los más estimables poetas de Costa Rica. Dificilmente hay quien le supere en expresar musicalmente la emoción aldeana, nuestra emoción aldeana. Todo esto nos place, lo mismo a los lectores del Repertorio. Que su ejemplo estimule y se imite; las revistas en gran parte son para eso, para exponer la cultura de un país, para saber lo que piensan, lo que proponen sus hombres capaces. Con los años, se va a la revistas en busca de un estado de civilización, comprendido y expresado por las generaciones del país que pensaron y escribieron. Los proyectos, los anhelos, las dudas, los entusiasmos, las inquietudes, las aspiraciones de una generación selecta se van a buscar en las revistas. Es triste saber que hubo generaciones mudas que no tuvieron qué decir o no pudieron decir nada.

Colabora también en esta entrega el señor Baltodano, Inspector de Escuelas del Circuito I del Guanacaste. Es proverbial entre los maestros de las escuelas, decir que no tienen la revista del gremio. Lo que no han tenido es gusto, voluntad de decir algo estimable, o capacidades. Oportunidades de tener una revista en que hablen hace catorce años se las estamos ofreciendo sin flaquear. Como con los maestros, con los estudiantes y los profesionales. Lo que hay es pereza, o vanidad, o desaliento o poca fe en la utilidad de los esfuerzos propios, en el dinamismo de las ideas que conciben y proponen.

El Repertorio está abierto a todas las corrientes espirituales, a todos los entusiasmos. Con lo que que no puede es con los lugares comunes y las boberías. Se cree que esto de echar impresos a la calle al fin cuesta, y bastante, de tal modo que deben reservarse los empeños para cosas que valgan la pena. Imprimir por imprimir lo que nos llegue, con el pretexto de que es producción nacional, no es cosa que nos entusiasma. En tal caso espigamos en lo extranjero y lo traemos a nuestras columnas. Que con la producción extraña alterne la propia, cuando ésta se ha escrito con gusto, sinceridad y competencia. Tal ha sido y será nuestra norma de editores.

POETAS DE LA DEMOCRACIA

La poesía norteamericana, de Whitman para acá, y, especialmente, de 1912 en adelante, debiera, como la industria, como la ética norteamericana, servir de ejemplo al mundo. Y en particular a Latinoamérica.

Walt Whitman tuvo el genio de ver que la Declaración de Independencia era una fuente de poesía más profunda, más sana que el firmamento mismo. Su voz es la voz de la democracia. Su gran error (su individualismo) es el error que constituye la base misma del sistema cuya flauta fué.

Esto tiene de innovador—aparte de su técnica: no fué ni patriota ni propagandista, aunque esto parezca traído por los cabellos. Fué observador (tanto emocional como intelectual) de los hechos humanos y del corazón de los hechos humanos. Si yo (por ejemplo), habiendo observado y estudiado los Estados Unidos, habiendo saturado mi espíritu en su vida, decido, como fruto de tal preparación, escribirle muchos poemas a la bandera, no se me podrá tachar de simple patriota. Seré un observador elevado al éxtasis por lo observado (que bien pudiera haber sido una flor o un rostro en vez de una nación).

En este sentido, pues, Walt Whitman no fué patriota. El gran ciudadano iniciaba, con otros organismos potentes de su época, la era moderna del pensar y del sentir, la era del sentido común. Su error (susodicho) fué básico (como puede serlo, a su vez, la premisa personal mía de que fué error). Su expresión (llamémosle lógica emocional) a partir de su base, fué absolutamente sana y sólida.

Whitman, sin embargo, había nacido tan prematuramente, iba tan a la vanguardia de su época (o, por lo menos, de los intérpretes de su época: Pater, Wilde, el esteticismo genial fofo), que entre su muerte y la floración de los granos sembrados por él, interviene un período de veinte años.

El tráfago moderno no quiere ser interpretado más que por la visión directa y práctica; no quiere cobrar valores neciamente ideales al pasar a través del temperamento de un artista; quiere llegar a las muchedumbres —de las que nace—a través de un arte que lo glorifique o que lo condene, pero que no lo idealice. Esa es la base de la que yo no vacilo en calificar de Gran Escuela Moderna. Si concedemos que la civilización norteamericana va a la cabeza del mundo (ya que el comunismo no prospera en Rusia), tenemos que conceder que esta escuela—interpretación fiel de la vida yanqui, de los pecados yanquis, de las virtudes yanquis, tiene derecho a ser escuchada con reverencia, sin elevación de cejas de pseudo-estetas—hechos artificiales por el arte—en el arte—en el concierto lírico (y, sobre todo, humano) del mundo.

El verso, en manos de estos magníficos iconoclastas, ha dejado de ser mero instrumento de deleite más 'o menos académico, como las investigaciones homéricas o los debates shakesperianos. La teoría aquella del arte por el arte, sostenida por los siglos y sintetizada a fines del pasado por Walter Pater y Oscar Wilde, se ve infantil y nimia ante la forma gigante de nuestra centuria. Me parece ver al genial pecador (apóstata de su propio credo por su «Balada de Reading Gaol») con sus medias de seda y su capa de terciopelo, escribiendo lindos poemas decorativos en medio de una multitud sudorosa, facinerosa, plena de vida, rebosante de energía, sobre cuyos hombros se bambolea—buscando un equilibrio imposible —nada menos que el universo.

Tan grotesca es esta imagen que me parece casi inútil insistir en que el arte, como los zapatos, como la vacuna, como el arroz con habichuelas, no se produce por el arte sino por la humanidad. Y esto quiere decir sintetizar pasiones, estados de alma de todos los días y de todos los hombres, estados de alma fundamentales en la estructura del organismo humano, estados de alma llegados de las más profundas vertientes de la vida. Cosas elementales, fuertes, eternas; expresión de estas cosas a través de una civilización maestra. Nada de refinamientos, nada de sugerencias enfermas. Vivimos bajo el sol y las estrellas, no bajo las lámparas de un salón aristocrático y discreto; nuestra música es de pájaro o de tormenta, pero jamás de cuchicheos baritonescos. La generación que llegue a sorprender el secreto de que se puede ser gran poeta en mala prosa tiene probabilidades de llegar a comprender su propio valor. Porque la humanidad habla mala prosa, y, sin embargo, la humanidad es gran poeta. Y ese es el gran día, el verdadero «der tag», que decían los pobres alemanes.

Las tres cumbres más altas del actual movimiento democrático del arte poético norteamericano son Vachel Lindsay, Edgar Lee Masters y Carl Sandburg. Estas tres grandes figuras, en unión de unas cuantas docenas de jóvenes cantores, se han dado a conocer de 1912 acá. En aquel año se fundó en Chicago el magazine «Poetry», editado por Harriet Monroe y dedicado exclusivamente a manifestaciones en verso (rimado o no). En aquel año también publicó Vachel Lindsay su primer libro: «The Congo and Other Poems», siendo el poema titular una interpretación suculenta del negro norteamericano, llena de simpatía y de análisis generoso, y sin un solo rasgo de sentimentalismo barato. En 1914 publicó Masters (primero en el semanario «Reedy's Mirror» y después en un volúmen) «The Spoon River Anthology», libro que, la última vez que me fijé, iba por la undécima edición. En 1916 publicó Carl Sandburg, el más rudo de los tres, sus «Chicago Poems», y su nombre voló instantáneamente de un extremo a otro de la nación.

¿Qué hacen estos hombres para llegar tan rápida, tan eficazmente al corazón de sus semejantes? Ante todo, precisamente eso: acordarse de que el resto de los hombres, las mujeres y los niños son sus semejantes, y no seres inferiores a quienes les está vedado todo lo grande y perdurable. Estos verdaderos poetas no tienen el desprecio al «vulgo» que nuestros poetastros latinoamericanos. El vulgo es la base rocallosa y las vigas y el hierro y la mayor parte del material con que está construído el edificio social. El poeta forma parte del vulgo, y vive con el vulgo, y canta con el vulgo porque el vulgo es lo más vital, lo más anti-académico que existe, y, por de contado, la fuente más legítima de vibraciones. Interpretar al pueblo, para el pueblo, no como almas superiores, sino como hermanos en la lucha por la vida y en el afán sordo y formidable por el perfeccionamiento de la vida: esa es la misión de estos poetas de la democracia.

La ponen en práctica de tres maneras absolutamente distintas. Vachel Lindsay glorifica—sin idealizar—cuanto aspecto de la vida democrática se le viene a la cabeza. Es la esencia de los Estados Unidos. Si la república se convirtiese de pronto en un ciudadano de treinta y nueve años, ese ciudadano sería Vachel Lindsay. Glorifica la «Caja de Jabón» (que sirve de tribuna a los defensores del pueblo), llamándola

> «La caja de jabón de Sócrates,
> La caja de jabón de Demóstenes, etc., etc.»

y lo hacen en el lenguaje épico, en el formidable lenguaje épico que usamos todos los días de las nueve de la mañana a las doce de la noche. Sus ritmos son de una variedad verdaderamente democrática; sus rimas (no es versolibrista) de una sonoridad juvenil, juguetona, fácil; y su espíritu es el gran espíritu infantil de su república.

¿Qué institución más genuinamente americana en espíritu (aparte del base-ball y el boxeo, que también celebra) que el «Ejército de Salvación»? A su fundador, General William Booth, dedica uno de sus más conocidos poemas, «In memoriam». Se titula, con una candidez lírica admirable, «El General William Booth entra al cielo», y es una descripción entusiasta del aspecto que presentaba el cielo el día en que llegó a él William Booth con su ejército de leprosos, desamparados, pecadores y arrepentidos. Pero el cielo no es simplemente celestial. Es humano. El cielo de Vanchel Lindsay es la Quinta Avenida, con el General Pershing y unas cuantas divisiones acabadas de llegar de Europa, substituyendo, por la emoción marcial pero superficial de los guerreros, la emoción profunda de los leprosos, los desamparados, los pecadores, los arrepentidos...

Cuando dije que uno de sus temas es el boxeo, el lector latinoamericano empezó a darle vueltas en su mente a la palabra «salvajada». Y yo le digo al lector que si dos hombres fuertes, de un peso y «record» aproximadamente idéntico, combatiendo con guantes idénticos, atendiéndose a un manojo de reglas (entre las cuales se cuenta la de no pegar más abajo del cinturón) que rigen lo mismo para el uno que para el otro, constituyen una salvajada, entonces la democracia misma es salvaje, porque estos precisamente son sus principios, según ésta se entiende en la república más perfecta de que hoy goza la tierra. Los brazos líricos de Lindsay abarcan —y aprietan—temas democráticos comprendidos entre un lavandero chino y la visión de su alma hasta O. Henry, el maravilloso cuentista, y Bryan, ídolo y héroe del 96, de quien hoy se ríe todo el mundo. La piramidal campaña del 96, en la que Bryan derrotó a su contrintante en número de votos y sólo logró separarle de la presidencia la barrera inmensa—y asquerosa— de un «trick» legal, constituye el tema de uno de los más inpirados cantos que ha producido nuestro siglo. Los ritmos son campechanos, alegres—durante casi toda la composición—como un grupo de hombres caminando a paso rápido, con las manos en los bolsillos y una sonrisa en el rostro; como los Estados Unidos mismos. Como todo gran arte moderno, la composición no encaja en una sola definición de antaño. No es ni épica ni lírica. Tiene algo—y mucho—de ambas formas. La narración es de una vivacidad sin paralelo; la protesta lírica, el guante lanzado al universo, de una pureza entrañable. Comienza con un corto preámbulo en que el poeta anuncia que en un país de cien millones de almas danzadoras, linchadoras, perdonadoras, creadoras, no han de faltar temas sobre los cuales hacerse garabatos (uso el coloquialismo intencionadamente: el poema se titula y subtitula «Bryan, Bryan, Bryan, Bryan: una rima en el lenguaje americano»).

Prosigue el poeta diciendo que, por consiguiente, él

«Alaba y canta a Bryan, Bryan, Bryan, Bryan,
único bardo americano que supo cantar fuera de su habitación!»

Entonces nos cuenta como de la puesta del sol vino el grito triunfante de Nebraska, como Bryan fué conquistando ciudad por ciudad el Oeste; nos pinta, a grandes e inimitables rasgos, el terror del Este, de la burocracia, de Mark Hanna, el terrible mano-derecha de McKinley. Nos hace oir el rumor sordo y preñado de la ola de la opinión pública, según se va inflando, inflando, inflando, para abalanzarse contra los Estados del Este, donde Mark Hanna impera, impotente. Nos cita las maravillosas frases del joven conquistador: «El pueblo tiene derecho a cometer sus propios errores». «No se puede crucificar a la humanidad sobre una cruz de oro». Nos describe las preparaciones hechas en Springfield para recibir al héroe de la campaña. En esta ciudad se encontraba Lindsay, que por aquel entonces contaba diez y seis años, y en este punto el poema deja de ser épico, pues entran a la corriente del verso las emociones del muchacho, «potro de la democracia», según él mismo se apodaba, que, con su novia, «una ciudadana despejada», seguía febrilmente las manifestaciones de calle en calle. Cuando Altgeld presentó a Bryan

«Hubo silencio en Springfield,
en Illinois,
en el mundo...»

La exageración no es barata. Expresa inmejorablemente el estado de ánimo de un entusiasta de diez y seis años. Momentos después cambia de tono el poema.

«Abril, Mayo, Junio:
tensión!
Julio, Agosto, Septiembre:
alta tensión,
y el Este hecho pedazos
como una empalizada después de una tormenta!

Entonces Hanna fué al rescate,
a levantar el sitio;
Mark Hanna, de Ohío,
con miles de escritorios
y sillas giratorias, y toros y osos (1)
trayendo a su estandarte
miles de agentes falsos,
amenazando muertes,
prometiendo maná,
reclutando trusts, etc., etc.

Y un poco más abajo este trozo de lírica exquisita:

Noche de elecciones. Media noche.
Derrota de Bryan, el muchacho,
derrota de la plata del Oeste,
derrota del trigo.
Victoria de las sillas giratorias
y de millas de plutócratas,
con marcas de dollars visibles en su ropa,
cadenas de diamantes en sus chalecos,
charol en sus zapatos;
victoria de paternalistas,
de la Roca de Plymouth,
y de toda su generación de terratenientes.
Victoria de los acicalados;
derrota de los valles de Colorado,
de las flores azules de Texas
de las rosas azules de las Rocallosas,
por los callejones de Pittsburg.
derrota de la alfalfa y del lirio-mariposa,
derrota del Pacífico y del largo Mississippí,
derrota de los jóvenes por los viejos imbéciles,
derrota de tormentas por ratas venenosas,
derrota de mi infancia, derrota de mi sueño.

La última estrofa (omito muchas; pero me propongo traducir un día de estos el poema entero, con un poco más de cuidado que lo traducido aquí) dice así:

¿Dónde está aquel muchacho, aquel celestial Bryan,
Aquel Homero Bryan, que cantó desde el Oeste?
Se ha unido a las sombras, con Altgeld el Aguila,
donde reposan los reyes, los esclavos y los trovadores.

Edgar Lee Masters nos traslada al otro extremo de la gama. Representa el análisis, el realismo. Es brutal,

(1) Individuos cuyo habitat es Wall Street.

tierno, irónico, como la realidad misma; y conoce la «vida pequeña» de sus Estados mejor que a sus manos. No es, como Lindsay, glorificador de las energías generosas de su raza. Es la mirada penetrante que, bajo la tragi-comedia individual, ve la gran tragi-comedia colectiva.

En su «Antología de Spoon River» nos presenta una pequeña ciudad típica, equidistante del Atlántico y del Pacífico. Mejor dicho, nos presenta el cementerio de dicha ciudad, y en doscientos cuarenta y cuatro epitafios, nos borda una catástrofe de color grisáceo; la catástrofe que ha de resultar inevitablemente del choque de doscientas cuarenta y cuatro vidas cuotidianas, con sus formidables falanges de orgullos, falsos ideales, verdaderos ideales, traiciones, fidelidades, amores, odios... todas las reacciones, en fin, de que es capaz el sistema nervioso, fuerte y crudo, noble y egoísta, rarísima vez degenerado y rara vez evolucionado de sus compatriotas.

En «Spoon River» queda estampada indeleblemente la vida privada del pueblo norteamericano. Pasemos al cementerio. Veamos dos o tres individualidades, dos o tres vidas completas, dos o tres almas enteras y verdaderas:

ARCHIBALD HIGBIE

Yo te odiaba, Spoon River;
yo traté de levantarme sobre ti.
Me avergonzabas y te despreciaba,
¡o maldito lugar de mi cuna!
Y allá, en Roma, entre los artistas,
hablando italiano, hablando francés.
me pareció, a veces, haberme libertado
de todas las trazas de mi origen,
me parecía estar cerca de las cumbres del arte,
me parecía respirar el aire que respiraban los maestros,
me parecía ver el mundo a través de sus ojos.
Sin embargo, al examinar mi obra, decían:
«Pero bueno, amigo, qué trata usted de hacer?
Algunas veces ese rostro que usted pinta se parece al de Apolo,
y otras tiene trazas del de Lincoln».
En Spoon River (¡desde luego!) no había cultura;
y yo ardía de vergüenza y guardaba silencio.
Y qué remedio había para mí, todo cubierto
de polvo provinciano,
sino aspirar y rogar por un nuevo nacimiento en este mundo
con todo Spoon River,
arrancado de cuajo de mi alma!

EL PADRE MALLOY

Tú, Padre Malloy,
estás donde la tierra es sagrada
y la cruz florece sobre cada tumba,
no aquí, en el cementerio de la colina, con nosotros;
nosotros, los de la fe vacilante y la visión nublada;
nosotros, los de la esperanza sin ancla y los pecados sin perdón.
Tú fuiste tan humano, Padre Malloy,
chocando una copa amigable con nosotros de cuando en cuando,
defendiéndonos, a nosotros que queríamos salvar a Spoon River
del Frío y el cansancio de una moralidad provinciana.
Tú fuiste como uno de esos viajeros que traen un pote de arena
del gran desierto que abraza las pirámides;
y hacen, ante nuestras almas, palpables las pirámides
y palpable Egipto.
Tú eras parte integrante de un gran pasado;
y, sin embargo, estabas tan cerca de nosotros!
Tú creías en la alegría de la vida.
Tú no te avergonzabas de la carne.
Tú veías la existencia tal como es
y tal como cambia.
Varios de nosotros casi, casi tocamos a tu puerta, Padre Malloy,
viendo cómo tu iglesia había penetrado el corazón
y provisto para él,
a través de Pedro la Flama,
Pedro la Roca.

En «Archibald Higbie», Masters nos presenta, de cuerpo entero, el tipo más curioso, más lamentable y más digno de lástima del espíritu provinciano. Su absoluta maestría arranca de este corazoncito enfermo una tragedia del tamaño y el caletre de la vida misma. Norteamérica produce este tipo de reacción. A estos individuos que caen en el provincialismo de no querer ser provincianos, en la vulgaridad de no querer ser vulgares, nosotros les llamamos rastacueros, y los encontramos en cualquiera parte de nuestra América (y en París, que es la capital de nuestra América) a granel. En los Estados Unidos, país más satisfecho de sí mismo que los nuestros, país de cultura e ideales más originales que los nuestros, Archibald Higbie constituye lo que podríamos llamar una numerosa minoría.

El «Padre Malloy» es el alma de la tolerancia. El Padre Malloy es el alma de esa fuerza que, en los Estados Unidos, pone en efecto la «ley de ocho horas», por encima de las limitaciones académicas de la constitución. Porque el Padre Malloy, gran tipo representativo, no es tolerante porque tolere lo que cree pecaminoso. No. Esta filantropía moral no supera grandemente, en sus efectos sociales,—y el norteamericano es, ante ante todo, el ser social por excelencia—a la económica. El Padre Malloy es tolerante porque reconoce lo inaplicable del dogma rígido al corazón flexible de la humanidad, y porque sabe que el dogma fué creado para servicio de la humanidad, y que, desde el punto y momento en que ésta, al abrir más y más sus alas, rompe trabas y más trabas, trabas y más trabas han de ir quedando inútiles, en medio del camino. «Nosotros», es decir, la serie de individualidades que habla por boca del poeta, los de la fe vacilante, los de la visión nublada, etc., etc., pertenece al promedio. Los individuos que forman ese «nosotros» son doctores, comerciantes, abogados, veterinarios... personas convencionales todos ellos, de intereses puramente personales, sin el menor átomo de heroicidad—en el sentido carlyliano—; y sin embargo, reconocen (probablemente por egoísmo) la gran fuerza llamada desinterés, según la ven encarnada en el Padre Malloy. Este «average», sin el fuego de las grandes iniciativas, pero al mismo tiempo comprensivo, es producto genuino de Norteamérica. (1) El «promedio» europeo (y latinoamericano, que es lo mismo) derrota la «moralidad provinciana» sin darse la más mínima cuenta del por qué, y, por consiguiente, sin adquirir, a través de su vivir, la comprensión del vivir de sus semejantes, la verdadera tolerancia: «a través de Pedro la Flama, Pedro la Roca».

«Ana Rutledge», muerta a los diez y nueve años, es personaje histórico. La joven fué novia de Lincoln cuando éste era un mero abogado. Reproduzco el poema sin comentarios. Es de una simplicidad a toda prueba y no los necesita:

ANA RUTLEDGE

Broten de mi pecho incógnito
las vibraciones de una música inmortal;
«sin malicia para con nadie, con caridad para todos».
Brote de mí el perdón de millones para millones
y el rostro resplandeciente de una nación
lleno de justicia y de verdad.
Yo soy Ana Rutledge que duerme bajo estas yerbas,
amada en vida por Abraham Lincoln,
su esposa, no por el matrimonio
sino por la ausencia.
Florece eternamente, ¡oh República!
del polvo de mi corazón!

CARL SANDBURG, el último de los poetas de la democracia que me propongo presentar aquí, representa la protesta. Lindsay expresa los ideales democráticos de su país dando rienda suelta a su espíritu exuberante. Masters, estudiando sus tipos cuotidianos, en toda su grandeza y en toda su pequeñez. Sandburg penetra más hondo. Su espíritu, al encararse con la vida, lleva el

(1) «The average is immense».—Walt Whitman.

ceño inflexible. Su fallo es o la más profunda protesta o la más abierta y sincera de las bienvenidas. Aquí está el hombre:

ESCOGE

El puño cerrado y en alto,
o la palma franca y abierta, esperando...
Escoge,
pues la una o la otra ha da ser nuestro signo.

Es una articulación profundamente democrática. Por esas líneas y otras del mismo espíritu es que no vacilo en llamarle poeta de la democracia. Pero Sandburg es verdaderamente un poeta socialista. Su corazón está con las masas harapientas, con las cosas grises y grotescas, con el lado andrajoso de las grandes ironías.

SITIOS

Rosas y oro
hoy para ti,
y la llamarada de las banderas ondulantes.
Yo llevo
cenizas,
polvo,
en mi cabello.
Tu nombre
llena la boca
de ricos y pobres.
Las mujeres traen
los brazos llenos de flores
para arrojarlas a tu paso.
Yo voy hambriento,
lleno de sueños
y de soledad,
a través de la lluvia
hacia las montañas heridas
donde hay hombres que tienen esperanza en mí.

En el siguiente fragmento combina el impulso que le hace cerrar el puño con el impulso que lo hace extender la palma franca. Es brutal y tierno. El Oeste es así.

MATADORES

Les estoy cantando a ustedes
en voz baja, como habla un hombre con un niño muerto;
duramente, como un hombre maniatado,
amarrado y sin movimiento:
bajo el sol
hay diez y seis millones de hombres,
escogidos por sus dientes brillantes,
por sus ojos penetrantes, por sus piernas duras
y por su sangre joven que corre y late en su antebrazo.
Un jugo rojo corre por la yerba verde,
un jugo rojo empapa la tierra oscura.
Los diez y seis millones matan... matan... matan.
Ni el día ni la noche los borran de mi alma;
aldabonean sobre mi frente para despertar mi memoria;
golpean sobre mi corazón y yo les grito,
les grito a sus hogares, a sus mujeres, a sus sueños, a sus juegos.
Despierto por la noche y olfateo las trincheras
y oigo los movimientos sordos de los que duermen en línea...
Diez y seis millones de durmientes y centinelas en la noche:
algunos de ellos que se acostarán mañana para siempre,
acurracados en la herida del corazón roto del mundo,
comiendo, bebiendo, trabajando... en la larga brega de la matanza.
¡Diez y seis millones de hombres!

A Chicago le habla como podría hablarle a un ciudadano vigoroso, a un capitán de la industria, como se les llama aquí a los capitalistas que, al enriqucerse desmedidamente, enriquecen desmedidamente a la nación.

CHICAGO

Carnicero del mundo,
fabricante de herramientas, traficante de trigo,
jugador de ferrocarriles, cargador de la Nación;
tormentosa, fuerte, peleadora,
ciudad de los hombres grandes:

Me dicen que eres mala y yo les creo, pues he visto a las mujeres pintadas atrayendo a los muchachos del campo.
Y me dicen que eres torcida, y yo contesto: «Sí, es cierto, porque yo he visto a los asesinos matar y salir libres para matar más».
Y me dicen que eres brutal, y mi respuesta es: «En los rostros de las mujeres y los niños yo he visto las huellas del hambre».
Y, habiendo contestado, me vuelvo hacia los que desprecian a esta mi ciudad, y les devuelvo su desprecio, y les digo:
«Enseñadme otra ciudad con la frente erguida, cantando tan orgullosa de estar viva y de ser ordinaria y fuerte y astuta.
Vomitando juramentos magnéticos, aquí tenemos un gran luchador que toma relieve ante las pequeñas ciudades fofas;
Fiero como un perro con la lengua jadeante, astuto como un salvaje que se prepara a derrotar la selva, etc., etc.»

Aquí tenemos la parte más inmadura, más desagradable y más enérgica de la república. Las admisiones de las primeras líneas la redimen, pues esto de ver claramente ambos lados de un asunto es también característico.

Estos poetas debieran, como dije al principio, servir de modelo a nuestra América; no para imitar su forma ni su fondo—pues esto sería meramente trasladar la capital latinoamericana de París a Nueva York—sino para copiar su fidelidad a la vida, al ambiente que los produce, a la civilización bajo la cual o respiran o se ahogan. El canto hondo brota de la tierra, como la primavera. Lo demás es arte «artístico», poesía «poética», en vez de arte real, poesía vital.

Ahora bien, ¿puedo decir de Latinoamérica lo que dije de los Estados Unicos: que su civilización (ya que el comunismo no prospera en Rusia) va a la cabeza del mundo? Decididamente no. ¿Puedo decir que su voz merece ser escuchada en el concierto del mundo? Sí; no porque su voz sea importante, sino porque el concierto lírico del mundo es un parlamento democrático.

LUIS MUÑOZ MARÍN

(*Cuasimodo*. Panamá).

El cráter del volcán Rincón de la Vieja

Desde que conocí la hacienda «Guachipilín» y recorrí las faldas donde nacen cuatro de los principales ríos del cantón de Liberia, pude apreciar las muchas manifestaciones con que el volcán Rincón de la Vieja exhibe su vida tranquila, y llegué así a sospechar la existencia de uno o varios cráteres por donde respira cómodamente, sin causar sobresaltos a los habitantes de sus alrededores. Las hornillas y las pailas, grandes solfataras que constantemente están en ebullición, han sido siempre muy visitadas, aunque nunca han merecido un estudio científico, razón por la cual, seguramente, tampoco ha habido en tantos años persona que se interese por averiguar la existencia del cráter, y de ahí que no se haya escrito nada interesante sobre la vida de este volcán.

Después de haber visitado en compañía del Prof. don Alberto Rudín el cráter del Poás, sentí vehemente deseo de conocer el del vecino de Liberia; pero nadie pudo darme razón de su existencia. Todas mis investigaciones terminaron con saber que «*seguramente está al lado de Nicaragua*». De este mi deseo era también partícipe don Elías Baldioceda, dueño de la hacienda antes citada, y quien varias veces intentó llegar a la cumbre de la cordillera con el objeto de hacer observaciones que le indicaran la existencia del deseado cráter. Nunca había podido alcanzarla y pasar al otro lado; pero en su último intento, a fines de marzo del año en curso, triunfó y después de recorrer algún terreno, pudo hacer dos observaciones importantísimas: 1ª, que a lo lejos y después de una altura escarpada, salía gruesa columna de humo que se elevaba mucho; y 2ª, que al Sur de esa altura escarpada y en una hondonada cubierta de bosque, se veía en el fondo de ella una laguna de importancia.

Con estas magníficas noticias regresó entusiasmado y preparamos viaje para el próximo domingo, cuatro de abril pasado.

La hacienda «Guachipilín» dista de Liberia unos 30 kilómetros en dirección Norte, y la cumbre principal del Rincón de la Vieja está al N. Noreste de la casa y a 12 kilómetros aproximadamente. De la casa de la hacienda salimos siete personas a caballo con ocho perros y ascendimos por la ladera cubierta de bosque, entre los ríos Blanco y Colorado, durante dos horas. Poco a poco la vegetación va disminuyendo hasta crecer solamente el copel, árbol que a medida que ascendemos pierde tamaño hasta que unos no crecen más de medio metro, a cuyo amparo dejamos las bestias para seguir a pie.

De este último punto en adelante la ascensión presenta a trechos algunas dificultades y en otras se presenta hasta para correr sobre vasto desierto de tierra calcinada por el fuego de antiguas erupciones y cubierto por piedras de todo tamaño, con claras manifestaciones de haber sufrido también la acción terrible del elemento. A poco subir sin grandes dificultades, estábamos sobre la línea divisoria de las aguas. Aquí hicimos alto para descansar y ver a lo lejos. ¡Imposible! Hacia el Este y Sur teníamos nuestra extensa provincia del Guanacaste envuelta en una inmensa nube de humo, producto de la inicua costumbre de arder los campos sin más objeto que el de destruir la vegetación para alejar más y más las aguas, acabar con el humus y convertir todo en un desierto despreciable. Tal la perspectiva que tenemos, si una enérgica actitud de las autoridades no corta de raíz esta criminal costumbre. Hacia el Norte y Este la niebla de altura no nos dejó ver muy lejos; pero a nuestros pies nos encontramos con un valle desierto en forma de doble plano inclinado, de unos dos kilómetros de ancho que nos propusimos atravesar.

Al alcanzar la orilla opuesta pudimos ver al frente y detrás de otra escarpada cumbre, la gruesa columna de humo ya vista por Baldioceda y que nos señalaba, sin duda alguna, el lugar del cráter; y a nuestra derecha (Sur) en el fondo de un valle cubierto de bosque, risueña laguna que nos hizo marchar en su busca antes que al cráter. Dentro del bosque y sin ver la laguna, el camino se nos hacía más difícil, no obstante que íbamos aprovechando un verdadero atajo de ganado, hecho indudablemente por los dantos (tapir). Al poco rato oí un grito de triunfo y al salir del bosque me encontré con Baldioceda a la orilla de la laguna tomando agua cristalina y fresca. Esta laguna tiene cerca de 400 metros de longitud por 150 metros de ancho, tiene playa ancha, pedregosa en parte y cenagosa en otra. No tiene desagüe y la alimenta un pequeño riachuelo; por donde quiera nos encontramos huellas de tapiros y las únicas aves que allí vimos fueron dos pequeñas tijeretas, parecidas a las marinas y algunas palomas collarejas.

Almorzamos y luego, viendo hacia el Norte observamos nuevamente la gruesa columna de humo que debía guiarnos hacia la meta de nuestras aspiraciones. Comenzamos de nuevo a ascender por la ladera cubierta de bosque para salir otra vez al terreno desierto donde no hay vegetación alguna ni señales de que en otro tiempo la hubiera. Ya en la meseta antes descrita, nos encaminamos por un lomo de burro, con pendiente de un 10%, por donde gente y perros caminábamos en perfecta formación. Indudablemente estábamos ante una situación difícil porque los perros dejaban oir, al caminar con el rabo entre las piernas, un llanto lastimero que daba risa a veces y otras, miedo. Las piedras que se desprendían de esta altura por donde caminábamos rodaban adquiriendo gran rapidez, hasta perderse en el abismo que teníamos a ambos lados. Después de caminar en esta forma durante unos veinticinco minutos llegamos a un nudo de donde se desprenden dos cordones como el anterior, en forma de tenaza que bordea el cráter y cuyos extremos, descendiendo poco a poco, llegan a confundirse con la misma orilla del gran hueco. Tras ligero momento de duda nos encaminamos por el de la derecha, descendiendo suavemente como habíamos subido, hasta llegar al borde mismo del cráter.

Este cráter tiene muchas semejanzas con el del volcán Poás en menores dimensiones. Es un perfecto cilindro de 500 metros de diámetro aproximadamente; su profundidad, muy difícil de calcular a simple vista, la estimo en 100 metros. Por lo perpenticular de las paredes, juzgo la laguna del fondo tan ancha y redonda como la boca superior. Durante mucho tiempo estuvimos deseosos de ver lo que había en el fondo porque la columna de vapores nos lo impedía. Su constante jugueteo nos dejó ver un segmento por donde apreciamos una capa de agua, al parecer pura, en cuyo fondo se movía un barro plomizo con corrientes amarillas que cambiaban del color pálido al encendido. No fué posible ver otra sección del fondo porque de pronto una ráfaga de viento nos echó encima la columna, terrible vapor que nos produjo picazón en la cara y manos, lagrimas y tos incesante. Los perros aullaron, corrimos y nos alejamos de allí fuertemente impresionados, satisfechos, aunque lamentando no haber llevado una kodak.

Aunque en las faldas del Rincón de la Vieja son abundantes los azufrales, en la cumbre y en los alrededores del cráter el azufre es muy escaso.

Según el mapa político de Costa Rica este cráter está en territorio de

la provincia de Alajuela y esta narración viene a aclarar el misterio sobre la observación hecha por los señores don Ricardo Fernández P., don J. Fidel Tristán y don Otón Jiménez, el día 15 de febrero de 1915, estando a las 8 a. m. sobre la cima del volcán Poás. Ellos vieron elevarse desde un punto de la cordillera hacia el N. O. de donde estaban, una columna al parecer de lodo y vapor de agua. Esta observación sugirió al señor Peralta la creencia de que en esa región debía existir un volcán desconocido y esto lo hizo emprender el viaje que describe en el Nº 11 de la «Revista de Costa Rica», correspondiente a julio de 1920.

En los meses de verano y cuando hay poco viento, en abril principalmente, la columna observada por el señor Fernández Peralta se ve a menudo, desde la ciudad de Liberia, sobre la cumbre del Rincón de la Vieja, aunque efectivamente ella sale muy atrás de esa cumbre.

Ojalá el señor Tristán y compañeros quieran venir a Liberia para tener el gusto de llevarlos a conocer el cráter del volcán que ha sido un misterio para ellos.

EDGARDO BALTODANO B.

Liberia, 12 de octubre de 1920.

NOCHE ALDEANA

Soledad de mi cuarto. Turban la quieta noche
rumor de frases truncas de un lejano relato,
alegres carcajadas en vehemente derroche
y allá, por los tejados, el miaullido de un gato.

En la casa vecina, bulliciosa solfea
la música aldeana que alborota el poblado;
frente a mi cuarto un chico de escuela silabea:
As-drú-bal-Vi-lla-lo-bos-Pa-san-te-dea-bo-ga-do.

Taladran el silencio, persistentes, los grillos;
afuera, densa y negra la sombra se arrebaña
y un súbito relámpago da sus siniestros brillos
cual si un ojo de fuego moviera su pestaña.

Me invade una tristeza y una melancolía
de sentirme en el pueblo como una nota rara,
de vivir esta vida cuya ingenua alegría
un ansia insatisfecha de querer, acíbara.

Y pienso en ti, amada que te hallas tan lejana;
eres, dentro del alma, como un pendón izado
que no abate el fastidio de oir en la ventana
Asdrúbal Villalobos, Pasante de Abogado...

ASDRÚBAL VILLALOBOS.

Espacio nos falta

HAN de multiplicarse las ediciones de la revista, si queremos influir con ella en la cultura del país e intervenir oportunamente en sus asuntos de importancia. Es mucho lo que tenemos por publicar, de interés para nuestros lectores y para Costa Rica; espacio nos falta.

Comprendan nuestros favorecedores y amigos estas razones y ayúdennos a colocar suscriciones, que si éstas se multiplican, la revista se pone más barata. Y puede salir con más frecuencia. Dennos listas de suscritores probables y nos entenderemos con ellos directamente. Es un buen sistema éste. Más ediciones, más lectores, es lo que nos hace falta para hacer más completa y eficaz la obra emprendida. Pero no se llega a ello por el solo esfuerzo personal. Más simpatía, más cooperación de los suscritores habituales del REPERTORIO es lo que necesitamos, es lo que pedimos por ahora.

¡Mala seña!

POR todos lados se siente el pesimismo de los ciudadanos. ¡Mala seña! Pesimismo, en el fondo, es ineptitud. Se duelen y desconfían de sí los que no pueden. Cuando hay capacidades y competencia, hay fe y optimismo. Por eso alarma ver que el pesimismo se esté comiendo el país. Y hay que sacárselo como parásito nocivo y ponerse en cura. Hay que sumar agencias e instituciones que formen ciudadanos hábiles y capaces, hay que fomentar los deportes. Y entonces florecerá el entusiasmo y la confianza del país en sus fuerzas y recursos, en sus hombres y capacidades. Padecemos de crisis de hombres hábiles en las diversas disciplinas y actividades de la República. En donde los hay, existen la confianza y la fe y la alegría. Y sentido del tiempo, con el que se cuenta para realizar grandes cosas. Porque nuestras premuras e irritabilidades son inhabilidad también, impaciencia, el hacer las cosas de cualquier modo.

Al margen.........

Ese título trunco podría ser integrado con sólo sustituír los puntos suspensivos por igual número de letras; y se obtendría una de las dos formas titulares que enseguida se enuncian:—«Al margen de un libro»—o «Al margen de una vida».

La una conviene al artículo que ahora estoy escribiendo; la otra pudo servir de título, o de subtítulo, al volúmen impreso que es amable motivo de las presentes líneas. Pero no es así con esa segunda forma epigráfica—como se intitula el libro vivido y escrito por el culto diplómata y escritor cubano, de antigua cepa dominicana, que es don Manuel Márquez Sterling, muy señor mío y mi estimado amigo.

Como título de la obra surje de las sombras de la decena trágica—la de México—cual si fuese de los álgidos pliegues de un sudario, esta frase sustantiva de profunda melancolía:—«*Los últimos días del Presidente Madero*». Como subtítulo se desglosa del aparatoso e insincero protocolo, a la clara luz de la sinceridad y del civismo, aquesta otra frase de índole autobiológica: — «*Mi gestión diplomática en México*».

Por segunda vez acabo de leer sus nutridas páginas. Habíalas yo leído ya, hace cosa de un año, cuando el autor puso en mis manos un ejemplar, de gentil dedicatoria, a modo de obsequio de su espíritu a nuestra doble amistad intelectual y domínico-cubana. Empero esa lectura—la primera a que antes aludo—hícela a vuelo de pájaro (aunque mejor diría al vapor) mientras sobre las paralelas metálicas iba corriendo el tren que realiza en cincuenta horas el viaje de vía férrea desde el extremo insular de la Florida hasta la gran Metrópoli del dólar.

Presumo que entonces—acaso por las interrupciones que ocurren en tan largo itinerario—hube de pasar por alto, inadvertidamente, algunos capítulos de los de mayor relieve; pues ahora es cuando he venido a darme cuenta cabal de la positiva importancia de no escaso número de hechos y de actos, a la vez que del valor insuperable de las páginas del libro que a tales actos y hechos se contraen.

La delicadeza mental que siempre puse y pongo en la lectura de todo libro que en mí despierte desde sus hojas liminares alto interés ideológico u honda emoción estética, ha sido ahora completa. En la renovada lectura del volúmen, sugestivo como pocos, he puesto en ejercicio armónico los tres organismos que integran el espíritu, o sean las verdaderas potencias del alma humana: la voluntad, la razón y la conciencia.

No voy, sin embargo, a comentarlo con sentido crítico. Tampoco voy a glosar, pormenorizando, aquellos capítulos cuyas son las páginas de más intenso contraste, como de luz y sombra, por las cuales pasan en choque, o pugna de eternos adversarios: verdad y mentira, odio y amor, lealtad y felonía, civismo y cinismo, crimen y martirio; o, en conmovedora síntesis, la vida y la muerte.

Ni glosa ni comentario, que holgarían, he de hacer de cuanto expone el distinguido escritor, con gesto de nobilísima indignación a veces y a veces con actitud ecuánime, en su bien documentado y honesto libro. Sincero es el libro y convida, no a disquisiciones críticas o meramente literarias, sino a sentir y a pensar—desasido uno de todo interés egoísta y de cualquier prejuicio—en las incoherentes alternativas con las cuales se desenvuelve el proceso del régimen político—que no jurídico—a expensas del régimen social y para su daño, en los países de sedentaria y voluble pseudo-democracia; como así mismo en ese pulpo victorhuguesco—de insaciada y perenne succión de sangre y de oro—que ha sido o es el Gobierno dictatorial de un caudillo, nepótico y despótico, a base de continuismo o de inamovilismo.

Deténgome, pues, abierta las alas de la emoción y del pensamiento, para ver y sentir de nuevo cuánto la pluma viril del veterano periodista fija—como en un poste de castigo ético—merced a las líneas de templado acero que consagra a hechos y hombres. Unos pasan, a buena luz de decoro, bajo el índice del deber imperativo o en el viacrucis del apostolado en fracaso; otros permanecen hundidos en cárdenas tinieblas, acumuladas por doble serie de errores y de horrores en la pavorosa jornada trágica donde proyectan sus rasgos de bestia humana ciertos monstruos que parecen escapados del infierno dantesco.

Deténgome para ver también cuanto—cediéndole algo a la diplomacia de los amorales—aparece a medias velado y hay que leerlo entre líneas.

¡Ah!, entre líneas he leído páginas del libro, en sumo grado discretas, pero de firme pulso, en las cuales se siente latir la fobia felina del tigre en acecho.

Hombres y cosas—las cosas y los hombres con alma o sin ella—están ahí, en el precioso volumen como vivo testimonio de la lucha entre lo perennemente bello y lo más feo, en aquel fugaz período que fué un penoso tránsito de la vida a la muerte, destácanse, respectivamente, en el anverso y el reverso de una medalla forjada por la revolución a plena luz y por la reacción en la sombra. Esa medalla es de oro y de plomo. En el anverso, de oro solar, fulgura la serena efigie del apostol *Madero*. En el reverso, de plomo mortífero, se obscurece la hosca silueta del... otro: *Huerta*. Mirándola, al claro de luna que proyecta el valioso libro en las tinieblas de aquella confabulación satánica, salta a la vista, atónita, un dato curioso y alertador. Es éste: entre los forjadores del feo reverso de la medalla aparece—con los hilos de la trama infernal en sus manos intrusas—un diplomático de diplomacia en-mangas de camisa, cuyo nombre disílabo considerado de mal agüero, se me escurre de la pluma y se ahoga en el tintero.

Dijérase que ese personaje—a quien la mayoría de sus colegas, a fuero de decano o por el mito de Monroe, dejóle las manos absolutamente libres—favoreció el uso de la medalla, en un juego de azar, para jugar a cara o cruz la obra nacionalista y democrática de la revolución y la vida del optimista que aquel diplomático tuvo por loco. Dijérase, así mismo, que el aludido diplomático, autor de conciliábulos y coautor en la amalgama de elementos hostiles y golosos, fué el superárbitro en aquella situación de tragedia que marca *los últimos días del Presidente Madero*.

Echo aún una postrera mirada encima del abierto volumen—acusador o revelador de intrigas y protervias—y vuelvo a ver que cada cosa está en su lugar y cada actor del drama ocupa su puesto. La pluma justiciera los ha situado bien en el cuadro. Estos: donde el deber, el apostolado o el sacrificio les dió cita. Esos: donde las pasiones, el interés o el crimen los sedujo y los retuvo. Entre ésos figuraron algunos reaccionarios, encariñados con el poder, la mira puesta en el caduco régimen caído. No todos, sin embargo. Hubo quienes, atentos a las nuevas orientaciones de la política, colocáronse y mantuviéronse, a honesta distancia del nuevo régimen, sin hostilizarlo.

Esa actitud asumió, entre otros, un noble espíritu y alto prócer de las letras y las ciencias sociales—que fué mi cordial amigo—fenecido ha poco en su voluntario ostracismo. El párrafo que el escritor cubano le dedica en su libro es una justa mención honorífica. Su nombre ilustre se me sale de la pluma y lo escribo conmovido: Casasús.

El sangriento episodio de la decena

trágica—el cual se inició y cerró con el holocausto de prestigiosas vidas—pone espanto en la retina y dolor en el alma. Leyenda e historia se repiten. Brujas diplomáticas hablan al oído del zorro y sobre Jesús prevalece Barrabás. *Alea jacta est*...

Ah! no es la anarquía—como en sus previsiones auguró Bolívar—sino la tiranía surgida de cuartelazos y traiciones alevosas, quien todavía nos devora en la América de los caudillos militares. Todavía en buen número de sus países más ricos y gloriosos como México, la acción del Derecho y la Justicia suele quedar cohibida y hasta deshecha bajo el tacón o la mano de hierro de la reacción que se apoya de continuo en la fuerza y en el crimen...

La tiranía y el imperialismo, ambos absorbentes, son los enemigos peores que tienen las naciones débiles establecidas en el Archipiélago Colombino y en la zona continental centroamericana. Esa enemiga es óbice a la saludable implantación de la paz jurídica y del orden económico. La tiranía doméstica, generadora de motines y rebeliones, sofocados a sangre y fuego, —*manu militari*—y el imperialismo, de origen filibustero, que es ya como una característica del coloso archimillonario y armipotente, a veces en acción conjunta, constituyen el mayor peligro y la amenaza constante de intervenciones, enmiendas, mutilaciones y ocupaciones abusivas, que atrofian el organismo jurídico, cercenan el territorio, merman la soberanía, escarnecen la justicia y hacen ilusoria la independencia de los países caídos dentro de la esfera de influencia del imperialismo soberbio y sin escrúpulos. Colombia y México, mutiladas: Haití y Nicaragua, intervenidas; Cuba, enmendada; Panamá, protegida; la República Dominicana, por último, ocupada, opresa, torturada y defraudada, llevan clavada en la noble entraña del patriotismo la corva garra del águila imperial insatisfecha.

El peligro es inminente y permanente. Subsistirá mientras haya tiranía y caudillaje fuera y encima de la ley; pero irá disminuyendo, hasta desaparecer, a medida que el régimen constitucional arraigue en las costumbres y la paz del derecho, de la libertad, de la verdadera vida democrática, sea el ambiente natural en cada uno de los pueblos débiles y aún convulsos de la América española.

La hora es única y acaso decisiva. La última lección de fuerza y de violencia ha sido tremenda. Esa lección—que hace época en los anales del imperialismo—tuvo y tiene por escenario a la isla predilecta de Colón, la antigua Española, cuna de América en donde Duarte fundó la República Dominicana. Ese hecho infando ha debido sacudir las fibras de la dignidad colectiva, del uno al otro extremo del Continente—acaso no tan enfermo como lo vió un día César Zumeta—pues el caso dominicano afecta por igual a los miembros todos de la familia neo-española. El problema no es solamente insular. A su solución en justicia deben todos concurrir con su actitud solidaria. Es la hora del gesto unánime.

La unión nacional, indisoluble y nutrida con médula de civismo, dentro, y la solidaridad internacional, por amor y por deber colectivo, fuera, lograrán sin duda torcer el insidioso rumbo al vuelo del águila norteña; en tanto que el cóndor andino señorea las épicas cumbres y los próvidos campos en donde—en concordancia de regímenes y en concierto de soberanías—la paz jurídica y la libertad económica determinen el progreso indefinido de la acrecida y laboriosa colmena que es la gran familia ibero-americana.

¡Esa es la vía, la única, por donde no viene la muerte y habrá de venir la vida!

FED. HENRÍQUEZ Y CARVAJAL

(*Nuestro Siglo*. Habana).

ROBERTO BRENES MESÉN

DOS PALABRAS SOBRE SU OBRA POETICA

La obra artística es una labor que tiene muy pocos puntos de contacto con la popularidad, y hasta puede afirmarse que muchas veces una y otra



R. BRENES MESÉN

Ahora en el Departamento de Lenguas Modernas de la Universidad de Siracusa. Nueva York.

son incompatibles. Tal es la razón por la cual Roberto Brenes Mesén, el sociólogo costarricense y uno de los más espirituales de nuestros poetas castellanos, no es tan conocido como otros bardos de su mérito que se hallan hoy en boga en Hispano-América.

Brenes Mesén, más amante de la bondad de su creaciones que de su propia nombradía, apenas se ha cuidado de hacer pequeñas ediciones de sus obras poéticas, de cuyo reducido número de ejemplares muy pocos han salido de los límites del terruño. Tal proceder está de acuerdo con las ideas que el mismo proclama en su libro «El Canto de las Horas», un sagrado devocionario artístico, de ideas que parecen concebidas y desarrolladas en la sana soledad de un claustro de la Edad Media en que germinaran las abstractas y sanas filosofías del doctor angélico, bajo las sombras de un huerto misericordioso...; una guía que se eleva al culto de la belleza y a su perfeccionamiento como eleva Kempis al ideal de ese divino socialista y espiritualista que se llamó Jesús.

El artista — dice — debe vivir para su obra. «El ansia de éxito engendra obras enfermas de una dolencia mortal: fiebre de consunción. No se han nutrido bastante en el alma, no se han bañado en las aguas virtuosas del corazón: se mueren de hambre y de falta de amor. En cambio, cuando el artista enciende en fuego de adoración todas las resinas fragantes de la selva de su alma y pone en los cestos que labraron sus manos todas las frutas maduras de las bellas y altas arboledas de su espíritu y abre todos los surtidores cantantes de su corazón, ha construido su obra como se edifica y embellece una quinta, en la soledad y apartamiento del campo: para tranquilidad y reposo de nuestra vida...» «quintas en donde gustamos pasar unos días de felicidad, y noches de soledad y amor, al susurro de los viejos árboles, a la pálida claridad crepuscular de los recuerdos».

La labor de Brenes Mesén no se ha concretado al campo del lirismo, y como filólogo verdaderamente científico figura en primera línea con el insigne colombiano Rufino José Cuervo. Son célebres también sus estudios

de sociología y crítica literaria, basados en un criterio firme y claro que une a las ideas más avanzadas la más serena apreciación y los más maduros raciocinios.

Tocante a su inspiración, Roberto Brenes Mesén es el poeta verdadera y supremamente personal. A ninguna inspiración le cuadra tan bien como a la suya el calificativo de «jardín interior». En su fantasía florece el más exuberante jardín, embellecido y cultivado a la continua, enlazadas las delicadezas de las enredaderas a los robustos troncos del criterio que allí dan sombra, y cubiertas las espinas por una profusión de rosas blancas, por un adormecimiento de mariposas. Las ideas y sentimientos extraños no engalanan ese pensil; caen en él tan sólo como semillas: el pensamiento del poeta las cubre como capa de tierra benéfica, las hace germinar en su seno, rociados por su sentimentalismo, podadas por su reflexión, hasta que logra que vivan en sí mismo en la más clara y prolija florescencia.

Los poetas son por lo general temperamentos de una gran sensibilidad, que vibran al influjo de todas las emociones purificándolas en el filtro de su gusto estético sin patrocinarlas ideológicamente; de ahí sus muchas contradicciones; ellos no son sino barómetros del lujo que marcan la temperatura del sentimiento. Pero hay otros como Brenes Mesén tan desligados del medio ambiente, que crean por medio de un lento cultivo interior y una tendencia personal.

Brenes Mesén tiende siempre como Lugones a engastar un símbolo en cada detalle del paisaje; no obstante, los dos, lejos de ir identificados, llevan tendencias diametralmente opuestas. Lugones coloca sobre el paisaje las emociones del espíritu, y Brenes Mesén viste el espíritu con los detalles y colores del paisaje; en el uno impera la imaginación y en el otro el sentimiento:

«Y el silencio crecía; y a veces, de su calma,
cual se desprende el pétalo de un lánguido
[jazmín,
en una lenta lágrima de luz se le iba el alma,
y era una estrella errante caída en el confín».

Estudiando esta estrofa de Lugones, en la que da encarnación al silencio inspirado por la quietud de un paisaje marino en la noche, se ve claramente que la metáfora tuvo origen en un detalle del paisaje: el fenómeno metereológico de los aerolitos en el cielo estrellado que estaba contemplando.

Otro es el proceso de Brenes Mesén. El se arroba contemplando las interioridades de su espíritu y en el vigor de su fantasía les va dando forma; entre los velos blancos de lo inmaterial, todas las abstraciones van tomando vistosos trajes de colores, y las pasiones se convierten en rosas de púrpura sobre las cuales el espiritualismo es un riego gorgoreante de surtidores... Y las ideas son lagos sobre los cuales despliegan sus velas las estrofas en forma de carabelas, con rumbo a las «Islas Fortunatas».

«Ha abrochado el silencio
la cintura de rosas
del jardín de mi vida.

«Un sol puro derrama
su luz de pensamiento
sobre todas las cosas
del jardín y del huerto».

En estas dos estrofas ha sintetizado el poeta su temperamento artístico. El no se inspira en el artificio de la vida exterior, sino en el silencio y en el retraimiento, vagando por las floridas interioridades de su alma, cada vez más dilatadas. De ahí que entre todas sus composiciones haya una estrecha concatenación, como la de las notas que componen un período musical. Hay en él una unidad de sentimiento como puede haberla de ideas en el filósofo Tomás de Aquino. La inspiración de Roberto Brenes Mesén, estudiada cronológicamente, presenta la uniformidad de una corriente cristalina, siempre con la misma suavidad sonora, siempre en un tranquilo rodar, sin otra variación que la de los paisajes que en ella se reflejan, y la amplitud que va tomando a medida que baja. El símbolo va viviendo cada vez más hasta el punto de que pasaría por incomprendido para la imaginación que no se hubiera acostumbrado a él, que no hubiese traspasado del todo los umbrales de ese mundo suavemente alegórico.

Si distinguimos la verdadera personalidad de la originalidad, José Asunción Silva y Roberto Brenes Mesén son dos poetas verdaderamente personales; la obra de cada uno de ellos tiene un conjunto armónico, una tendencia personalísima muy desligada del mundo exterior.

Sus inspiraciones son dos serenatas. La una, de notas bajas y pesimistas, de súbitos entusiasmos irónicos y que acaba con acordes bruscos y trémolos llenos de inquietud... La otra dulce como una serenata de Schubert, que rematará con un calderón de la tónica, con una sugestión de quietud indefinida, de inmensidad...

El uno es un arroyo oscuro que se extrangula entre rocas, y lanza carcajadas sarcásticas o rumora pesimismos... porque sabe que le espera una boca subterránea... y se precipita a ella...

El otro es un arroyo de cristal que rueda mansamente a campo abierto, por praderas perfumadas, y va, cantando melancolías, a rendir su tributo al mar... al azul infinito.

Roberto Brenes Mesén me ha enseñado a conocer a los poetas. La poesía no es tesoro amonedado que ruede de boca en boca de la fama. Su culto tiene algo de contacto con el del arcaísmo: lo más valioso hay que irlo a buscar en las ruinas ignoradas, en los templos ocultos, como el templo poético de Mallarmé.

LUIS ENRIQUE OSORIO

Nueva York, 1919.

LA TIRANIA BANCARIA Y LA REVOLUCION

I

HISTORIA SINTÉTICA DE LOS ALTOS PRECIOS

ANTES de la primera guerra mundial, Europa se había planteado el angustioso problema de los altos precios. Después de la guerra, este problema es tal, que los altos precios presentan como irremisible una convulsión, ya sea destructora, ya sea salvadora, de los pueblos agobiados. Aun los hombres que no esperan la revolución y la temen, creen que el grado de exasperación a que hemos llegado, hace de todo punto inevitable la disolución interna del régimen económico y político vigente.

Estudiando los precios de 1860 a 1920, se ha observado que, entre 1860 y 1870, la curva no tiene carácter distintivo, pues los precios suben o bajan caprichosamente al parecer; de 1870 a 1874 los precios suben, acaso como resultado de la conmoción causada por los cinco mil millones de la indemnización francesa; en 1874 comienza un descenso que se precipita en 1880 y que parece amenazar con una catástrofe disolutiva al capitalismo entre 1885 y 1888; pero, a partir de este año los precios tienden a mantenerse, y en 1890 la curva ascendente no se detiene ya, pues desde 1900 los precios siguen con inexorable fuerza, escalando alturas de donde no han bajado.

Los estadistógrafos más autorizados señalan entre 1901 y 1911 los términos del aumento de precios en esta forma:

Cereales, de 500 a 548.

Otros artículos de alimentación, es-

pecialmente coloniales, de 300 a 342.

Tejidos, de 500 a 603.

Minerales, de 400 a 423.

Madera, corambres, petróleo, abonos, etcétera, de 500 a 601.

Sobrevino la guerra de 1914 a 1918, y la vida ha encarecido de un modo extraordinario. Su coste es actualmente en Inglaterra 135 por 100 más alto que a mediados de 1914; en Francia, 230 por 100; en Italia, 306 por 100; en los Estados Unidos, 155 por 100.

II

Las causas de la carestía

En presencia de la actitud amenazadora asumida por las masas trabajadoras, los gobiernos, eco de los intereses dominantes, han empezado una propaganda estrepitosa para hacer creer que la carestía es resultado de una escasez determinada por la guerra.

Como hay una exactitud parcial en esta afirmación, el sofisma se impone con toda la fuerza de las dogmatizaciones fabricadas para uso de la opinión pública. Quiérese que los obreros trabajen, y se les ofrece abundancia en cambio de una taylorización suficientemente pasiva y fructuosa para los directores de la industria.

El sofisma consiste en confundir, por ignorancia o a sabiendas, dos tendencias de la industria moderna. Una es la tendencia a la reducción de coste por la intensificación de la eficacia productora, y otra la tendencia a la alza de precios por obra de esa misma eficiencia que, aumentando la suma total de productos, reclama una automática creación de valores fiduciarios por insuficiencia de las especies monetarias circulantes para absorber las cantidades crecientes de productos del esfuerzo humano.

El carácter misterioso de este segundo fenómeno, que se oculta en general a los jefes de los partidos populares, y con mayor razón a las masas proletarias o semiproletarias que viven de jornales o sueldos, permite indefinidamente la impune repetición de una maniobra, por la que se puede mantener en perpetua esclavitud a los hombres.

La tendencia al abaratamiento por la eficiencia productora del maquinismo, se realiza sólo cuando coinciden los métodos industriales perfeccionados con los métodos de distribución y la abundancia de materias primas.

Pero lo ordinario en la corriente industrial moderna es que no coincidan los métodos de producción con los métodos de distribución y que la obtención de materias primas sea un árduo problema, orillador de conflictos internacionales.

Normalmente, la situación es de tal naturaleza, que dentro del país el industrialismo se apoya sobre la miseria y la opresión de las clases trabajadoras, y exteriormente sobre la necesidad de resolver a cañonazos la cuestión de materias primas, la cuestión de nuevas inversiones y la cuestión de mercados.

Puede asegurarse que la industria moderna implica la esclavitud económica.

En lo internacional, un príncipe lo ha dicho: «El comercio es casi la guerra».

III

Banqueros y Faraones

Lo anterior no es una simple serie de afirmaciones revolucionarias o una exposición paradójica. Es un conjunto de hechos perfectamente comprobados.

Véase cómo los presenta un análisis de la producción bajo el sistema de los beneficios.

El capitalismo no produce para satisfacer necesidades, o digamos, no produce para satisfacer una demanda real, sino para satisfacer una demanda efectiva. El capitalismo produce para el mercado, no para el hombre.

Toda la civilización moderna se funda sobre este proverbio: «en la casa del herrero, asador de palo».

La República Argentina tenía un promedio de producción que llegaba casi a cuatro millones de toneladas de trigo antes de 1914. La población del país no ha aumentado en cifras enormes. Y, sin embargo, a pesar de que hoy la producción de trigo pasa de cinco millones y medio de toneladas, el pueblo argentino tiene que salir a la calle y hacer armas para conseguir por la intimidación, que el Gobierno retenga en el país una cantidad de trigo con que satisfacer parcialmente al menos una de las necesidades elementales de la vida.

Citaré otro ejemplo. En 1905, Inglaterra se mostraba justamente orgullosa de sus progresos industriales. Regístrese el Hansard y allí se verá que el primero de los estadistas del capitalismo, Joseph Chamberlain, declaraba lo siguiente: Trece millones de personas se hallaban en los límites de la miseria y de la falta de alimentación.

¿Por qué los argentinos necesitan sublevarse para que se les deje, y eso a un precio excesivo, el cereal que producen, y, por qué los ingleses, obreros selectos, son incapaces de mantener congruamente un grupo nacional que debiera alcanzar condiciones de prosperidad insuperable?

Porque unos y otros producen para la demanda efectiva, para el mercado, es decir, para otros.

¿Por qué no producen para sí mismos?

O más bien, ¿por qué el productor no tiene acceso al mercado?

En tiempo de los Faraones, millares de hombres eran obligados a construir tumbas monumentales durante lustros, décadas y siglos. Hoy no son millares de hombres, son millones de hombres los que sufren el látigo del hambre para producir y no comer, ni vestirse ni alojarse, ni calentarse como civilizados, o por lo menos como la mayoría de los salvajes.

La causa no es un capricho de los hombres. La causa es una ley económica que sólo puede perder su acción cuando se arrebate el cetro a los modernos Faraones.

IV

Productos y precios

En la producción entran los siguientes factores:

I. Materias primas;

II. Trabajo manual, dirección técnica, administración, etc.;

III. Procedimientos mecánicos y automáticos y otros elementos que contribuyen a la eficacia de la producción, aumentando en proporciones cada

vez más altas el poder que desarrolla el hombre.

Ahora bien; cuando es muy alta la eficiencia industrial, lo que se paga en jornales sólo constituye una ínfima parte del precio de la producción, y con esa parte no podría el productor acudir en demanda de la masa producida.

¿A dónde va la masa de producción que no corresponde a lo distribuido en jornales y sueldos, a lo pagado para la adquisición de materias primas y a lo erogado en gastos de venta?

Toda esa parte de la producción progresivamente mayor a medida que es mayor la eficiencia industrial, pasa a poder de los faraones; es la expresión y el premio de su soberanía.

La masa productora recibe dinero; con dinero compra los artículos necesarios para comer, vestirse y alojarse, y si la cantidad de dinero que recibe en conjunto esa masa es inferior al precio de los productos, puesto que este precio incluye todo lo que excede a la acción directa del hombre, resulta que para vender el excedente debe buscarse otro comprador. De ahí varios artificios a que recurre el industrialismo. Uno de ellos es la exportación forzada; otro, la creación de industrias de lujo que permitan repartir en jornales la cantidad no absorbida en la primera operación productora, y dominando estos dos medios, la creación de una cantidad de valores fiduciarios, que es la capitalización del monopolio ejercido sobre las potencialidades industriales de la sociedad.

Como ejemplo ilustrativo de esta situación, Douglas da el siguiente en su libro, *Democracia Económica*. (1) Supone una pieza de cerrajería de acero que pese once y media libras con un precio de 3 chelines y 6 peniques. El metal recogido como desperdicio valdría un penique. Lo pagado en sueldos y jornales sería de cinco chelines. Y el conjunto representado por la instalación fabril se elevaría a 150 por 100 de lo impendido en mano de obra, o sean 7 chelines y 6 peniques. Todo el coste sería de 15 chelines y 11 peniques, de los cuales 7 chelines y 6 peniques, o sea la mitad, correspondería al gravamen de la planta fabril. De estos 5 chelines y 7 peniques, un 75 por 100 correspondería a lo que después se descarta por depreciación, y que no se distribuye en la unidad de tiempo de producción, o a lo que se distribuye en otros establecimientos o personas, es decir, a lo que está cargado en otros artículos. Así, pues, sin tomar en consideración los gastos de venta, es claro que se grava a la sociedad con una deuda de 15 chelines y 11 peniques por un producto respecto del cual sólo ha habido una distribución efectiva de 6 chelines y 10 peniques.

¿Quién posee la demanda efectiva sobre el excedente de los 6 chelines y 10 peniques repartidos a los que han trabajado?

Los bancos.

¿Por qué?

Porque poseen la función social del crédito, y se la apropian en toda la cantidad representada por la diferencia entre la remuneración personal y la potencia industrial.

Los precios suben a medida que aumentando la eficiencia productora, los artículos quedan diluidos en una cantidad creciente de efectos fiduciarios.

Necesariamente, el dinero repartido en sueldos o jornales tiene una potencia adquisitiva menor, a medida que se infla el medio del crédito para disponer de la producción excedente respecto de la representada por el trabajo de los productores.

Así, la tendencia de la eficiencia industrial a los altos precios, contrarresta y anula los defectos de la misma eficiencia industrial en el sentido de la baratura cuando se manifiesta simultaneamente la coherencia distributiva.

V

PRODUCCIÓN, DISTRIBUCIÓN Y BARATURA

LOS PRECIOS no bajarán como resultado de una producción intensificada, pues una producción intensificada significa el hambre con trigo abundante como en la República Argentina, y el hambre con la perfección industrial más alta, como en la Gran Bretaña de Chamberlain.

Lo que se necesita es producción intensificada y socialización del margen representado por la eficiencia industrial, mediante una revolución económica política que ponga el crédito a disposición de las masas consumidoras.

Este es el movimiento que han iniciado en los últimos meses los gremialistas de la Gran Bretaña.

CARLOS PEREYRA

(*España*. Madrid, 28 de agosto de 1920).

(1) *Economic Democracy*, by Major C. H. Douglas. London.—Cecil Palmer. Oakley House, Bloomsbury Street., W. C. 1.

The F. P. S.

NUESTROS lectores habrán observado que con frecuencia traducimos para el REPERTORIO algunas de las interesantes crónicas del *Foreign Press Service*, de Nueva York. Este Servicio lo hace una institución de carácter filantrópico que se propone tener al mundo al tanto de lo que ocurre de importancia en los Estados Unidos, en finanzas, agricultura, educación, ciencias, etc. Cumple admirablemente su cometido. Todas las semanas recibimos un paquete (30 folios en mimiógrafo) de noticias de los Estados Unidos, como representantes que somos del *Foreign Press Service* en Costa Rica. Nosotros no podemos aprovechar cuanto nos mandan. Ponemos, por lo tanto, las informaciones semanales recibidas a las órdenes de la prensa del país que por ellas se interese y quiera traducirlas. A ello estamos obligados como representantes del *F. P. S.* y como amigos del país. Cuanto más se divulguen las noticias del *F. P. S.* mejor se corresponde a los anhelos filantróficos de la institución. Nos ponemos al servicio, pues, de los señores periodistas de Costa Rica. De los restantes, porque los de «La Tribuna» ya hace días que aprovechan el *F. P. S.*

Repertorio Americano

Revista de la prensa castellana y extranjera.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado quincenalmente por

GARCÍA MONGE Y CÍA.,
EDITORES

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto...............	¢ 0-50
La serie de 5 números, pagada por anticipado y solicitada a la Administración......	2-00
Para el extranjero, el número suelto........................	$ 0-15 oro am.
La serie anual (24 entregas)...	3-50 » »
La página de avisos, por inserción........................	20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

La nueva Inspección de Escuelas

Si las nuevas ideas educacionales hacen del maestro un *leader* de la Democracia, del Inspector de Escuelas hacen un *leader* de *leaders*. Si transforman la escuela, conforme a la expresión de Dewey, en el centro de la vida social de la comunidad, de la Inspección de Escuelas hacen lo mismo en mayor grado, capacitándola para ser el centro organizador, acumulador, distribuidor, de la experiencia y energía que las escuelas deben recoger e irradiar en cada población, pequeña o grande, en que las haya. Pequeños centros constructores de civilización son las escuelas; son como oficinas telegráficas que recogen y trasmiten mensajes de luz, y la Inspección debe ser en medio de ellas como una poderosa estación central a la que lleguen todas las vibraciones circulantes en el vasto organismo, para que de ella, con un impulso nuevo, reciban una mejor dirección. La Inspección de Escuelas, mientras limite su tarea a visitarlas de tarde en tarde para revisar «diarios de clase» o presenciar lecciones, mientras circunscriba sus funciones a llenar periódicamente, sin espíritu, con números a veces caprichosos, el encasillado rígido de los formularios estadísticos, carece de finalidad y es, por lo tanto, con muy poco, una infecunda institución. No mejora la escuela, no enaltece al maestro y, por sobre todo, no sirve a los intereses del niño. Es, cuando más, si no un cacicazgo pedante para amedrentar a los maestros negligentes, una estéril oficina de acumulación de datos, informes y apreciaciones, que al cabo nadie utiliza para sustentar en ellos el estudio técnico de algún problema fundamental de educación. ¿Cuáles son las empresas de renovación o perfeccionamiento educacional que las Inspecciones impulsan o crean? ¿Cuáles las investigaciones que formulan u organizan y realizan, en un momento en que las ideas convierten a la escuela en un activo laboratorio de experimentación educacional? ¿Cuál es la contribución con que concurren a resolver los problemas del país, siendo así que podrían aportar a las zonas en que se les estudia y debate, las iniciativas, las necesidades, las posibilidades, los ideales, digamos, de las poblaciones donde las escuelas dependientes de la Inspección, sienten y recogen, a través del niño y en el contacto directo con los hogares, las palpitaciones de la vida de éstos?

La escuela nueva, que lentamente se va construyendo, que debemos ir construyendo, supone una nueva Inspección, con una diferente y más amplia finalidad, con una nueva organización, con nuevo espíritu, con fundamento en una nueva ciencia. La Sociología Educacional, naciente apenas,—más una aspiración que una disciplina,—concibe lo que en inglés se llama *survey*, adoptando un vocablo de ingeniería, y da con tal noción un extenso concepto de gran parte de los trabajos que podrían efectuar las Inspecciones de Escuelas. A ellas correspondería, en mucho, el estudio de la comunidad que pudiera revelarnos las reales e íntimas necesidades de la escuela.

En otros países el progreso escolar es la obra de las Inspecciones. Algún día tendremos que llegar a la organización de cursos especiales de preparación para el ejercicio de la Inspección de Escuelas. Por el momento cabría incluir la asignatura de Técnica de la Inspección de enseñanza en los planes de estudios de las Escuelas Normales, como desde 1914 existe en España.

Importaría también hacer sentir a los maestros cuán grande honor es, —si se mide por las responsabilidades que entraña,—desempeñar una Inspección de Escuelas, el cargo público, precisamente, que aceptaba Sarmiento después de ser Presidente de la República.

Omar Dengo

Escuela Normal, Heredia, setiembre de 1920.

Del anecdotario infantil costarricense

El hermano mayor le contaba al niño con no pocos rodeos la historia de Sansón, advirtiéndole a la vez que había vivido muchos años antes a los nuestros.

—Hace tantos años de eso—le decía—que aún no habían nacido ni mamá, ni papá, ni abuelita, ni nadie que tú conozcas.

A lo que contesta el niño con la mayor seriedad:

—Pero tú y yo sí habíamos nacido, ¿verdad?

***

El padre amoroso distraía al chiquillo fogoso al pie de una sombría fontana en la que podían verse multitud de peces multicolores.

Les arroja unas migas de pan y dice al niño:

—Ves, son como nosotros, comen y pelean el alimento.

—Eh!, pelo no dueimen poique yo no los ha visto acostaise.

* * *

MARTITA está al lado del lecho del hermano enfermo de quien es inseparable. Es hora de la medicina y el hermano le dice:

—Martita, páseme esa botella. Y le pasa el periódico. Esa botella—le repite señalándole la botella.—Y le pasa un cepillo de dientes. Esa botella. Y le pasa una caja... ¡Sea por Dios! exclama el hermano resignado.

* * *

A PEPITO lo habían llevado a San José el día anterior, y un tío suyo que viene a verlo, le pregunta:

—¡Hola, Pepito! ¿Te gustó San Chepe?

—¿Cuál San Chepe?

—Pues la capital.

—¿Cuál capital?

—Pues San José. ¿Acaso no fuiste ayer?

—¡Ah sí! Pero no me gustó.

—¿Por qué?

—Porque papá no me compró jocotes...

(Recogidas por Carlos Pérez Treasy, alumno del Instituto de Alajuela).

UNA CARTA

EN LA CLASE anterior les había hablado ya del tema. Todos habían mostrado mucho interés en la cuestión, pues tenían que traducir a una composición escrita ese asunto.

Ahora todos tenían sus cuadernos listos, esperando mis otras instrucciones para entrar en brega. Poco rato después todos empezaban así, más o menos: «Mi querida mamacita:».

Al pasar junto al puesto de Miguel Angel, éste me alzó a ver con sus ojazos negros, muy triste, casi lloroso. Su hoja estaba limpia. Sentí una rara aflicción. Yo tenía la culpa: por un descuido mío, no me fijé en su triste condición para proponerles el tema... y el pobre Miguelito, al verme pensativo, mudo, junto a su pupitre, casi temeroso, casi llorando, argumentando su justísima excusa, me dijo con voz entrecortada: «Mamita se llamaba... Lolita Corrales»...

(Recogida por Virgilio Caamaño A , maestra de la Escuela de Sta. Bárbara de Heredia).

Imprenta y Librería Alsina.—San José, Costa Rica.